

como en el cielo, no queremos decir que Dios haga lo que quiere, sino que nos conceda que hagamos nosotros lo que es voluntad de Dios. Porque ¿quién habrá que pueda resistir a Dios e impedirle que haga lo que quiere? Mas porque el demonio hace resistencia procurando que nuestros deseos y acciones no se sujeten en todo a Dios, oramos y pedimos que se haga en nosotros la voluntad de Dios; esto es, de su protección y del socorro de su gracia; porque ninguno hay que por sus propias fuerzas adquiera tanta fortaleza, y solamente puede vivir seguro por un efecto de la bondad y misericordia de Dios (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 36, Tric. T. 1, p. 306.)”

“Muchas cosas acordes y juntas no se pueden vencer del todo: lo que muchos piden juntos, lo concede Dios a los pacíficos. (S. Cipriano, *Epist. 57, ad Cornel.*, sent. 5, adic., Tric. T. 1, p. 379.)”

“Dios viene a ser padre de los criados por su bondad, recibiendo en sus corazones su Espíritu Santo, que los hace clamar: Padre mío, Padre mío. Porque siendo los hombres por su naturaleza unas puras criaturas, no pueden llegar a ser hijos de Dios, si no reciben en sí el Espíritu del Aquel que por su naturaleza es Hijo de Dios. (S. Atanasio, sent. 16, Tric. T. 2, p. 175.)”

“Porque el Hijo de Dios invoca en nosotros a su Padre, se llama Dios Padre, nuestro. Por lo cual, los que tienen al Hijo de Dios en el corazón, no tienen derecho para llamar a Dios Padre nuestro. (S. Atanasio, sent. 17, Tric. T. 2, p. 175.)”

“El justo ora sin cesar cuando todas sus acciones son agradables a Dios y hechas con el fin de su bondad y gloria: toda su vida es una continua oración, y como pasa los días y las noches en continua oración según el orden de la ley de Dios, se puede decir que todo el tiempo de la noche y del día es en él una perpetua meditación de la ley divina. (S. Hilario, *in Psalm. prim.*, sent. 9, Tric. T. 2, p. 258.)”

“Yo me acordé de vuestro nombre por la noche. El Profeta sabía muy bien que en especial durante la noche debemos recurrir a Dios. Sabía que entonces es preciso atender más a observar la ley, por ser el tiempo en que los impuros deseos se introducen en el alma. Este es el tiempo en que estando el cuerpo lleno de viandas, excitan más las pasiones impuras. Entonces, pues, se debe apelar al nombre de Dios. Entonces es cuando se debe gardar su ley, la que prescribe el pudor, la continencia y el temor de Dios. Por lo que, cuando en tan peligroso tiempo despertamos, no se abandone el espíritu a la ociosidad, antes bien; ocúpese en la oración y confesión de sus pecados, para que en

aquellos momentos que son tan favorables a los vicios del cuerpo, pueda destruirlos y disiparlos la meditación de la ley divina. (S. Hilario, Salm. 118, sent. 11, Tric. T. 2, p. 259.)”

“El Señor es la porción de mi herencia. Pocos hay que puedan decir a Dios estas palabras con esta confianza. Es preciso renunciar al mundo y a cuando está pendiente de él, para que sea verdad que el Señor es la porción única de nuestra herencia. Si la ambición nos da el impulso, si la avaricia nos posee, si los encantos de la sensualidad nos arrebatan, si los cuidados de nuestros domésticos enteramente nos ocupan entonces no será Dios la única suerte de nuestra herencia, porque estaremos divididos o poseídos de las pasiones e inquietudes por las cosas del mundo. (S. Hilario, Salm. 118, sent. 12, Tric. T. 2, p. 259.)”

“En el Evangelio nos pide Dios, que oremos en silencio en secreto de nuestras almas, para que nuestra oración sea más bien obra del corazón que de la lengua. Podrá ser esta sentencia contraria a las palabras del Profeta: ¿Yo he clamado con todo mi corazón? No por cierto: pues sabía muy bien aquel Profeta, que más consiste en el clamor del corazón que en el de la boca. Es la oración un grito de la fe, un grito del alma que penetra el cielo y sube hasta el trono de Dios, no con el esfuerzo de la voz, sino con la virtud de la fe. Aquel, pues, clama a Dios con todo su corazón, que le pide grandes cosas, que le suplica le de los bienes celestiales, que espera los bienes eternos, y vive entre tanto en la inocencia y temor de Dios. (S. Hilario, ibid., sent. 13, Tric. T. 2, p. 260.)”

“Pedimos la salud como una cosa que se nos debe, y como si Dios estuviera obligado a concederla. Desde luego pedimos, pero sin prepararnos con nuestras oraciones, y aun siquiera que le suplicásemos con el clamor de nuestro corazón: pero las más veces movemos los labios, entre tanto que el corazón o el espíritu está disipado y ocupado en otras cosas, y por consiguiente, incapaz de seguir con los afectos, el oficio de la lengua. (S. Hilario, ibid., sent. 14, Tric. ibid., ibid.)”

“Cuando decimos a Dios, santificado sea tu nombre, venga a nos vuestro reino, hágase vuestra voluntad en la tierra como en el cielo, no es porque deseamos que esto suceda para gloria de Dios, más bien lo queremos por nuestra utilidad: no es con el fin de que todas nuestras acciones sirvan para que el nombre de Dios sea santificado, y de que no tengamos otra esperanza, sino en la que puede contribuir para establecer en nosotros su reino, ni con el de querer que nada nos

agrade, sino aquello que puede hacer que alabemos a Dios eternamente. (S. Hilario, in Psalm. 134, sent. 15, Tric. ibid., ibid.)”

“No despreciéis mi oración. Dios desprecia las oraciones hechas con ligereza, destituidas de confianza, aplicadas a cosas inútiles, turbadas con los cuidados del siglo, embarazadas con diversos deseos, y estériles en buenas obras. Estas son unas oraciones dignas del desprecio de Dios, indignas de su atención: de las que dice el Profeta Isaías: Cuando levantéis vuestras manos para orar, yo apartaré de vosotros mis ojos. (S. Hilario, in Psalm. 54, sent. 29, Tric. T. 2, p. 265.)”

“Vivid siempre llenos de confianza; jamás os alejéis por desaliento en las buenas obras ni en los combates que tengáis por la piedad, porque debéis estar ciertos de que nada se ha de perder de cuánto hagáis. Todas vuestras oraciones están escritas en la presencia de Dios: no cantáis un Salmo, sea en particular o en público, que no se apunte como en una especie de diario. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath. 15, sent. 9, Tric. T. 2, p. 338.)”

“Jamás ceséis de orar: arrodillaos cuando podáis, y cuando no, invocad a Dios de corazón, por la noche, por la mañana y al mediodía. Si tenéis cuidado de orar antes de poneros al trabajo, y si al levantaros empezáis por ofrecer a Dios vuestra oración, como las primicias de vuestras acciones, persuadíos a que el pecado no hallará entrada en vuestra alma. (S. Efreén, de Oratione, sent. 5, Tric. T. 3, p. 78.)”

“Es preciso implorar el auxilio divino, procurando no pedirle con tibieza; porque si se ora sin aplicación, en vez de conseguir lo que se pide, se merece la indignación de Dios, y la oración se convierte en pecado. Cuando estamos en presencia de algún Príncipe, o le hablamos, estamos con grande respeto de cuerpo y de alma, y sólo con grande molestia levantamos los ojos; ¿con cuánta reverencia, pues, será razón que estemos en la presencia de Dios y cuánta deberá ser la atención de nuestro espíritu para no permitir que otra cosa le distraiga? (S. Basilio, Const. c. 1, sent. 77, Tric. T. 3, p. 204.)”

“Hasta que sea voluntad de Dios no se conseguirán nuestros deseos: porque el Señor conoce mejor que nosotros lo que conviene; y aún puede ser que dilate concedernos lo que nos ha dado, con el fin de que se lo pidamos con más frecuencia y fervor, o para que conozcamos que es don suyo y que si nos le confiere debemos conservarle con cuidado. (S. Basilio, ibid., sent. 78, Tric. T. 3, p. 204.)”

“Orarás sin intermisión si tu oración no se reduce a solas palabras,

sino que todo el método de tu vida es conforme a la divina voluntad, de tal modo, que puede y merezca tu vida llamarse una continua oración. (S. Basilio, Homl. in Martyr. Julittam, sent. 5, adic., Tric. T. 3, p. 380.)”

“Suele el piloto mirar al cielo, y en sus disposiciones conoce el curso de su navegación... Tú, pues, levanta al cielo los ojos, según lo que dice David: A ti, Señor, que habitas en los cielos, levanté mis ojos: mira aquel Sol de justicia que está en el cielo, y observa tú como astros resplandecientes sus Mandamientos. (S. Basilio, sent. 8, adic., Tric. T. 3, p. 381.)”

“Admirad la grande bondad de Dios: pues recibe nuestro deseo como si fuera una cosa preciosísima. Se abrasa en deseos de que nosotros nos abrasemos en su amor. Recibe como beneficio el que nosotros le pidamos sus favores: más gusto tiene Dios en dar, que nosotros en recibir lo que El nos da: no tengamos otro cuidado que el de no ser indiferentes ni cortos en nuestras pretensiones con el Señor: jamás le pidamos cosas pequeñas o indignas de la divina magnificencia. (S. Gregorio Nacian., Orat, 40, sent. 50, Tric. T. 3, p. 360.)”

“Es grande locura pedir solamente cosas temporales a Dios, que es eterno: bienes terrenos al Dios del cielo; dones viles y despreciables al que es infinitamente superior a todo; una felicidad baja y terrena al que da un reino celestial, y, por último, pedir al que nos hace esperar bienes perpetuos que nadie nos puede quitar el uso por poco tiempo de aquellos bienes que poseemos como extraños, cuya pérdida es infalible, cuyo usufructo es temporal, y cuya administración es muy peligrosa. (S. Gregorio de Nisa, de Orat., or., sent. 8, Tric. T. 4, p. 114.)”

“El que dice a Dios en la oración, santificado sea tu nombre, le dice, según las fuerzas de estas palabras: Haced, Señor, por medio de vuestra protección y vuestros auxilios que yo sea irrepreensible, justo y piadoso; que yo diga la verdad y haga lo bueno; porque es cierto que Dios no puede ser glorificado por el hombre, sino cuando su virtud y piedad son tan excelentes, que persuadan a los otros que es preciso que sea la omnipotencia de Dios la que ha producido tan grande efecto. (S. Gregorio de Nisa, Orat. 2, de or. Dom., sent. 9, Tric. T. 4, p. 114.)”

“La oración del Señor nos enseña a purificar de tal modo nuestra vida, que haciéndola semejante a la vida del cielo, halle en nosotros el cumplimiento de la voluntad de Dios tan poco obstáculo como en los

espíritus celestiales: los que jamás sienten impedimento alguno para la ejecución del bien. (S. Gregorio de Nisa, Orat., 4, set. 11, Tric. T. 4, p. 114.)”

“El señor nos manda buscar sólo lo suficiente para la conservación de la vida, cuando dice: Dadnos nuestro pan; no lo que sirve para el lujo y las delicias, no las riquezas ni alguno de los otros bienes de la tierra que apartan de nuestra alma el cuidado principal que debe emplear en las cosas de Dios, sino sencillamente dadnos pan. (S. Gregorio de Nisa, ibid., sent. 12, Tric. T. 4, p. 115.)”

“Es la oración una conversación con Dios, contemplación de las cosas invisibles, confianza cierta de conseguir lo que se desea, elevación a la misma honra de los Angeles, progreso y aumento de los bienes, ruina de los males, enmienda de las culpas, fruto de lo presente y seguridad de lo futuro. (S. Gregorio de Nisa, in Eccles. H. 2, sent. 7, adic., Tric. T. 4, p. 385.)”

“Cuando el Señor enseña a invocar a mi Padre celestial, se ve que pretende traerme a la memoria aquella buena patria, para volver a ponerme en el camino que allá guía, infudiéndome deseos más vehementes de poseer aquellos bienes. (S. Greg. de Nisa, ibid., sent. 8, adic., Tric. T. 4, p. 358.)”

“El principal de todos los bienes, es que el nombre Dios sea glorificado por medio de mi vida. (S. Gregorio de Nisa, ibid., sent. 9, adic., Tric. T. 4, p. 359.)”

“Sería desconfiar del poder de Dios pensar que no nos puede oír si no resuenan a sus oídos los clamores de nuestra boca. Clamemos a Dios con nuestra buenas obras, clamemos con nuestra fe, clamemos con nuestros afectos, clamemos con nuestra paciencia en los trabajos, clame nuestra sangre como la de Abel: porque Aquel que nos purifica en el secreto de nuestro corazón, nos oye también en lo más oculto de nuestros pensamientos. (S. Ambrosio, de Abel y Caín, lib. 1, c. 9, sent. 10, Tric. T. 4, p. 315.)”

“Mis ojos previnieron al día para meditar desde la madrugada sobre vuestras palabras. Debe serviros de grande vergüenza que los rayos del sol que sale, os halle ociosos en la cama sin haber pensado en orar: es una pereza digna de reprensión haber pasado toda la noche sin haber ofrecido a Dios algún fruto de vuestra devoción, ni sacrificio alguno espiritual. ¿No sabes, ¡oh cristiano! que todos los días debes presentarle las primicias de tu corazón y de tu voz? No hay día en que no tengas cosecha nueva y nuevos frutos que recoger. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 70, Tric. T. 4, p. 326 y 327.)”

“¿Hasta cuándo te han de tener atado el sueño o las cosas del mundo? A lo menos reparte tu tiempo entre Dios y el mundo; y cuando la oscuridad te impida emplearte por fuera en tus negocios, dale a Dios una parte de la noche: empléala en la oración, y canta salmos para despertar de tu somnolencia; private con este piadoso engaño de alguna parte del sueño; levántate temprano, para ir a la iglesia a llevar las primicias de tus oraciones y de tu piedad; y si después te llaman a otra parte los asuntos del mundo, no te impedirán antes que digas: Mis ojos han prevenido al día para meditar desde la madrugada sobre vuestras palabras. Entonces podrás ocuparte con seguridad en tus negocios. ¡Qué agradable cosa es empezar el día con himnos y cánticos en alabanza de Dios! ¡Cuánta ventaja llevamos en que su palabra nos prevenga desde el amanecer con sus bendiciones. Pero al mismo tiempo que repasas en tu memoria con los cánticos espirituales las misericordias de Dios, aplícate también al estudio y práctica de alguna virtud particular, para reconocer en tus acciones el mérito y los efectos de la bendición divina. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 71, Tric. T. 4, p. 327.)”

“Dice el Apóstol: Yo rogué al Señor por tres veces: para darnos a entender que no siempre concede Dios lo que le pedimos, porque sabe que no nos conviene. (S. Ambrosio, lib. 7, in c. 11, sent. 86, Tric. T. 4, p. 330.)”

“Por todo el cuerpo se debe orar, por todos los que son miembros de tu madre, que tiene la mutua caridad por divisa. Porque si solamente orara por ti, serás solo a rogar por ti; y no se consigue tanta gracia cuando cada uno ora por sí. Mas todos piden para el que ruega por todos. Si orares, pues, por todos, todos suplicarán por ti. En esto no hay arrogancia alguna; antes bien, es mayor la humildad y más abundante el fruto. (S. Ambrosio, de Abel y Caín, c. 9, sent. 5, adic., Tric. T. 4, p. 394.)”

“Tened siempre un libro en la mano: aprended de memoria todo el Salterio; sea continua vuestra oración; velad sin cesar sobre los sentidos, y no os dejéis distraer con vanos y malos pensamientos. Por último, trabajad en alguna obra para que el demonio os halle siempre ocupados. (S. Jerónimo, Ep. ad Rust. 125, sent. 11, Tric. T. 5, p. 240.)”

“Así que sintáis algún movimiento impuro, clamad a Dios y decidle: ¡Señor, Vos sois mi protector! No debéis permitir que crezca en vosotros este mal pensamiento ni dejar que se forme alguna produc-

ción de Babilonia. Quitad la vida a este enemigo antes que sea mayor y más fuerte; arrancad esa cizaña antes que tenga tiempo para crecer. Miserable hijo de Babilonia, dice la Escritura, dichoso aquel que toma tus pequeños hijos y los estrella contra la piedra. En esta piedra está significado Jesucristo. (S. Jerónimo, ad Eustoch., c. 22, sent. 17, Tric. T. 5, p. 341.)”

“Aunque el Apóstol nos mandó orar siempre, y a los Santos, aun el mismo sueño les sirve de oración, conviene, no obstante, destinar a este ejercicio ciertas horas, para que si sucede hallarnos empeñados en alguna ocupación, la misma hora nos advierte que es preciso ir a la obligación. (S. Jerónimo, Ep. ad Eustoch., c. 22, sent. 23, Tric. T. 5, p. 242.)”

“Cuando yo habré clamado y suplicado, El desechará mi oración. Dios Todopoderoso, conociendo lo que nos conviene, hace del que no oye la voz de nuestro dolor, con el fin de procurarnos lo que sabe que nos es más conveniente para purificar nuestra vida con las penas que nos deja padecer, y para obligarnos a buscar en otra parte la tranquilidad y descanso que no se puede hallar en este mundo. Pero hay muchos (aun entre los fieles) que no conocen la gracia que se oculta en esta disposición de la Divina Providencia. (S. Jerón. in Lament. Jerm., lib. 2, sent. 67, Tric. T. 5, p. 249 y 250.)”

“Levantemos a Dios nuestros corazones al mismo tiempo que nuestras manos: porque dos cosas deben concurrir en la presencia de Dios, esto es: es preciso que las buenas obras sostengan y den fuerzas a la oración, y que la oración sostenga y confirme las buenas obras. (S. Jerón., in Lament. Jerem., lib. 2, sent. 70, Tric. T. 5, p. 250.)”

“A los que, no conociendo lo que les conviene, piden a Dios lo contrario, les importa mucho que el Señor no los oiga. Por esto en la oración dominical, decimos al Padre que está en el cielo: Hágase vuestra voluntad: esto es, aquella voluntad que procede del conocimiento cierto de las cosas que están por venir, y no nuestra voluntad, que es tan ciega y tan expuesta a engañarse. De este modo, es algunas veces grande felicidad no conseguir que Dios nos oiga. (S. Jerónimo, lib. 3, in Ezech., c. 8, sent. 74, Tric. T. 5, p. 251.)”

“Buscadme y viviréis: porque desde el punto que se busca al Señor, se empieza a vivir. (S. Jerón., in amos, c. 5, sent. 85, Tric. T. 5, p. 254.)”

“Pues es cierto que Dios da a los que le piden, que los que buscan hallan y que se abre a los que llaman a la puerta: se ve claro que aquel

que no ha recibido, que no ha hallado, ni le han abierto, no pidió bien, no buscó bien, ni llamó bien a la puerta. (S. Jerónimo, lib. 1, in Matth., c. 5, sent. 93, Tric. T. 5, p. 255.)”

“Es preciso pedir a Dios que destruya en nosotros todo cuanto es extraño, y lo que proviene de nosotros mismos, para edificar solamente lo que es suyo. (San Paulino, Ep. 24, ad Sever., sent. 4, Tric. T. 5, p. 330.)”

“Pidamos a Dios que nos haga conocer nuestro fin, para que veamos lo que nos falta, y que nos haga cumplir lo bueno que no hemos ejecutado, para que no estemos sin cesar pasando días inútiles, o tejiendo toda nuestra vida una tela de araña, ocupados continuamente en obras vacías de todo bien. (S. Paulino, Ep. 36, ad Amand., sent. 12, Tric. T. 5, p. 331.)”

“No temáis, no dudéis, en nada os detengáis: haced fuerza al mismo Dios, y arrebatale el reino de los cielos: aquel Señor que nos prohíbe tocar los bienes de otro, gusta de que le robemos los suyos: al mismo tiempo que condena la rapiña de la avaricia, alaba y aprueba el santo robo que su ley nos manda hacer. (San Paulino, Ep. 34, sent. 21, Tric. T. 5, p. 332.)”

“Son las oraciones unas armas maravillosas, tesoros inagotables y puertos seguros. Son las causas, principios, fuentes y raíces de todos los bienes. No digo esto de las oraciones tibias, flojas e indiferentes: solamente lo entiendo de las oraciones vivas que salen de un alma penetrada del arrepentimiento de sus pecados, y de un corazón verdaderamente contrito. Porque estas oraciones son las que verdaderamente tienen virtud para llegar hasta el cielo. (S. Juan Crisóst., Homl. 30, de incompr., Dei Nat. 5, sent. 25, Tric. T. 6, p. 305.)”

“Cuando nos presentamos a Dios para pedirle alguna cosa, lo hacemos con tanta flojedad, que parece que no tenemos gran deseo de conseguirla. No llevamos a la oración un corazón lleno de fe y de fervor, estamos como si nada tuviéramos que pedir y desejar: estamos como soñolientos, sin aplicación y sin vigor. (S. Juan Crisóst., Homl. 123, sent. 48, Tric. T. 6, p. 309.)”

“Dos condiciones debe tener la oración, es a saber: pedir con fervor, y no pedir sino lo que se debe. (San Juan Crisóst., Homl. 24, sent. 50, Tric. T. 6, p. 309.)”

“Puede ser que me digáis: ¿En qué consiste que pidiendo yo a Dios cosas espirituales, no me las concede? Eso es porque no la pedís con fervor; es porque os habéis hecho indignos de recibirlas o porque

habéis dejado de suplicar antes de tiempo. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, sent. 51, Tric. ibid., ibid.)”

“Orad siempre, dice el Apóstol, y orad en espíritu. No solamente con la lengua, sino con incesantes aplicación y en espíritu; quiero decir, pidiendo siempre cosas espirituales y razonables, orando con la mayor atención. (S. Juan Crisóst., Homl. 30, sent. 98, Tric. T. p. 317.)”

“Bien pudiera Dios darnos lo que nos conviene, antes de pedírselo, pero dilata el concederlo para hacernos dignos de su cuidado. Suceda, pues, que consigamos, o que no consigamos lo que les hemos pedido, siempre debemos perseverar en la oración, y darle gracias, no sólo cuando concede, sino también cuando niega nuestras peticiones. Porque como sólo Dios conoce lo que nos conviene, y nosotros lo ignoramos, le debemos el mismo reconocimiento que si nos lo concediera. (S. Juan Crisóst., Homl. 30, sent. 99, Tric. T. 6, p. 317 y 318.)”

“Cuando llegó Jacob al pozo del juramento, sacrificó a Dios. En esto nos enseña que cuando queremos emprender una acción, un negocio, un viaje, debemos empezar ofreciendo a Dios el sacrificio de oración, invocando su asistencia: de este modo debemos dar principio a nuestras empresas, imitando la piedad de aquellos antiguos justos. (S. Juan Crisóst., Homl. 65, in Génes., sent. 109, Tric. t. 6, p. 319.)”

“Jesucristo y después San Pablo, nos enseñaron a hacer oraciones cortas y frecuentes, y a reiterarlas de cuándo en cuándo: porque si las hacemos muy largas, como regularmente no las acompaña mucha atención, damos motivos al demonio para que nos entre y aparte nuestro espíritu de la aplicación con que debemos estar cuando pedimos a Dios. Si de tiempo en tiempo interrumpimos nuestras oraciones y la reiteramos a menudo, adquiriremos mucha vigilancia, y las diremos con exacta atención. (S. Juan Crisóst., Serm. 1, sent. 112, Tric. T. 6, p. 320.)”

“Muchas razones hay (además de su bondad) para que Dios nos oiga: primero, si nos juzga dignos; segundo, si nuestras oraciones son conformes a su santa ley; tercero, porque son perseverantes y frecuentes; cuarto, porque nada pedimos de lo que sólo pertenece a esta vida, sin respecto a la eterna: quinto, porque solamente deseamos lo que conviene a nuestra salvación; sexto, porque hacemos todo cuanto está de nuestra parte. Muchas personas nos propone la Escritura, a quienes oyó Dios por alguna de estas razones, es a saber: al Centurión Cornelio, por su buena vida: a la Cananea, por su perseverancia en la

oración; a Salomón, por el estilo de su súplica, y al Publicano, por causa de su humildad: mas en todo necesitamos su gracia. (S. Juan Crisóst., Homl. Psalm. 7, sent. 121, Tric. T. 6, p. 322.)”

“Cantad los Salmos con sabiduría. Quiere decir no oréis solamente con las palabras, sino también con las acciones; no con la lengua simplemente, sino también con la vida. (S. Juan Crisóst., in Psalm., 48, sent. 127, Tric. T. 6, p. 323.)”

“Todos nuestros deseos tiran a la vida eterna, refiriendo todas nuestras acciones a aquel último fin; porque con el de ejercitarnos a no perder de vista aquella morada celestial, nos ordenó Jesucristo que dijéramos: Venga a nos el tu reino. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 114, sent. 138, Tric. T. 6, p. 325.)”

“Los judíos solamente en Sión invocaban a Dios: pero los cristianos, en todas partes le invocan, en el campo, en su casa, en las calles, en la soledad, en el mar y en sus camas. Por último, no hay lugar en donde les esté prohibido el orar, si sus costumbres corresponden a sus oraciones. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 133, sent. 141, Tric. T. 6, p. 326.)”

“Todos los que somos perezosos y flojos en la oración, consideremos cuánta es su virtud y eficacia. Aquel mal siervo que el Evangelio nos representa cargado de una deuda excesiva para con su Señor, no le hizo presente sus ayunos, su pobreza, ni otra consideración semejante: mas con estar tan desnudo de virtudes, así que conoció la obligación de suplicarle, el mismo divino Dueño se inclinó a tratarle con misericordia. No nos cansemos, pues, de orar. (S. Juan Crisóst., Serm. in Parb., sent. 187, Tric. T. 6, p. 337.)”

“Cuando Jesucristo ordenó a sus discípulos que dijesen en su oración: No nos dejes caer en la tentación: y esto es lo que el Señor practicó, cuando estando para sufrir su pasión, dijo a su Padre: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz: pretendió enseñar a los Santos a no exponerse por sí mismos a los riesgos, y a no precipitarse temerariamente en las ocasiones peligrosas. (S. Juan Crisóst., Homl. 7, sent. 195, Tric. T. 6, p. 338.)”

“Considerad pues, la fuerza de las palabras de la oración del Señor, y la virtud, de las doctrinas que contiene; y advertí como prescribe la ley al amor recíproco entre los hombres, pues no nos mandó decir: Padre mío, sino Padre nuestro, para que enseñándonos que tenemos un Padre común, nos inclinase a tener todos el afecto de hermanos unos a otros. (S. Juan Crisóst., sent. 196, Tric. T. 6, p. 338.)”

“Cuando decimos a Dios: Santificado sea tu nombre, no le confe-  
rimos la santidad, sino que nos esforzamos por ensalzar con nuestras  
alabanzas la santidad que tiene por naturaleza: porque es lo mismo  
que decir: Glorificado sea tu nombre. Lo que nos advierte, cuán vir-  
tuosa debe ser nuestra vida, para que los hombres que la ven, glorifi-  
quen a nuestro padre que está en el cielo. (S. Juan Crisóst., sent. 197,  
Tric. T. 6, p. 339.)”

“Venga a nos el tu reino. Oprimidos, como lo estamos, por la  
tiranía de nuestras pasiones, y expuestos a tentaciones infinitas, tene-  
mos grande necesidad del reino de Dios. (S. Juan Crisóst., sent. 198,  
Tric. ibid., ibid.)”

“El Señor, después que nos hace renunciar a todos los deseos de  
la tierra, y vivir en continua esperanza de su reino, quiere que diga-  
mos: Hágase tu voluntad, así en la tierra, como en el cielo. Cuando ya  
nos ha inspirado el amor de los eternos bienes, quiere que poseídos de  
este deseo, le digamos: Haced, Señor, que nosotros imitemos aquí la  
vida del cielo, y que queramos todo lo que Vos queréis: ayudadnos en  
el cumplimiento de las buenas intenciones de nuestra alma, que aún  
está muy débil, para que de este modo ejecute lo que desea hacer por  
serviros, a pesar de la enfermedad de esta carne que la detiene. (S.  
Juan Crisóst., sent. 199, Tric. T. 6, p. 339.)”

“Dadnos hoy nuestro pan sustancial: no la vianda superflua, sino  
el alimento necesario que repare en nosotros lo que cada día pierde  
nuestro cuerpo de su sustancia, y aparte de nosotros la muerte, que  
nos podía sobrevenir por falta de sustento: porque el cristiano, según  
estas palabras, no debe desear la diversidad de manjares delicados, ni  
todas esas pastas, ni esas viandas exquisitas que no hacen otra cosa  
que cargar el estómago, agravar el alma, cegar el espíritu y dar el  
cuerpo armas para combatirle; no es esto lo que nos enseña esta  
divina oración que pidamos a Dios; sino el pan sustancial, que es  
propio para convertirse en la sustancia de nuestro cuerpo, y aun no le  
pedimos para largo tiempo, sino solamente para el día, conforme a  
otro precepto del Evangelio, que nos dice: No estéis solícitos del día  
siguiente. (S. Juan Crisóst., sent. 20, Tric. ibid. ibid.)”

“Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a  
los que nos han ofendido. Aquí nos da el Señor tres advertencias:  
primera, enseña a los que han llegado a más alto grado de virtud a  
concebir siempre humildes sentimientos de sí mismo, y a no confiar  
en sus mismas fuerzas, antes bien, a vivir temerosos con la memoria

de sus culpas, como el Apóstol San Pablo; segunda, quiere que los que han caído después del bautismo, no caigan también en la desesperación de su salvación, enseñándole cuanto deben esperar de aquel Soberano médico de las almas el remedio de sus pecados; tercera, nos dice cuánta debe ser nuestra benevolencia y humildad para con nuestros hermanos, porque solamente seremos dignos del perdón, a proporción que le concedamos a los que nos han ofendido. (S. Juan Crisóst., 201, Tric. T. 6, p. 340.)”

“Si queremos aliviar las penas de los difuntos hagamos por ellos mucha oración y demos mucha limosna. Y si no están en estado de recibir misericordia, servirán siempre para hacernos a Dios más favorable. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, sent. 269, Tric. T. 6, p. 355.)”

“A los que hacéis vida cristiana, os declaro que mereceréis un severo juicio de Dios, si viendo alguno de vuestro hermanos inmodesto y desordenado, principalmente al tiempo de la oración de los fieles, no le advertís y reprendéis: más os valdrá esta corrección, que la oración que pudiéreis hacer. Interrumpid sin escrupulo vuestra oración para corregirle, y ganaréis lo uno y lo otro. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, c. 11, sent. 272, Tric. T. 6, p. 356.)”

“No hizo Dios la noche solamente para dormir o para divertirnos en la ociosidad y la pereza. Los artesanos y las gentes de tráfico nos hacen ver esta verdad; y la misma Iglesia se levanta a media noche a la oración, porque entonces el alma está más depurada, más desprendida de pensamientos del mundo, y más capaz de contemplar las cosas celestiales. También contribuyen mucho la oscuridad y el silencio para inspirarnos sentimientos de compunción. Levantaos, pues, y conservad esta loable costumbre de velar en oración una parte de la noche. (S. Juan Crisóst., Homl. 26, c. 13, sent. 273, Tric. ibid., ibid.)”

“Tengamos en nuestra casa un bolsillo cerca del lugar donde acostumbramos a orar, para que todas las veces que entremos a hacer oración, echemos alguna limosna antes de empezarla. (S. Juan Crisóst., Homl. 43, c. 16, sent. 324, Tric. T. 6, p. 370.)”

“Sin duda nos aplicaríamos con más atención a orar, si considerásemos quién es el Dios con quien hablamos, si nos representásemos que es un misterioso sacrificio el que le ofrecemos y para él le llevamos en nuestras manos la espada, la leña y el fuego: si abrimos con el pensamiento las puertas del cielo, si entramos en espíritu, si degollamos la víctima con el cuchillo que el Espíritu Santo nos ha puesto en la mano, si le sacrificamos nuestra vigilancia, si derramamos en su

presencia lágrimas de compunción, que son la verdadera sangre de la víctima espiritual. No os dejéis, pues, ocupar el corazón en aquel momento de ningunos pensamientos humanos. Representaos que cuando Abraham quiso ofrecer a Dios semejante sacrificio, no permitió que asistiesen a él, ni su mujer ni sus criados: haced vosotros lo mismo, y no permitáis que ningún pensamiento ni afecto civil y temporal ocupa vuestro espíritu mientras oráis; subid solos a lo alto del monte, como el Santo Patriarca, y nadie suba con vosotros. Si advertís que se levanta en vuestra alma algún pensamiento que quiera subir con vosotros, mandadle absolutamente que se quede fuera, como lo ejecutó Abraham, hasta que hayáis adorado a Dios. Desterrad, pues, todo pensamiento bajo y criminal, así como Abraham dejó el asnillo con los criados al pie del monte; y elevaos y subid a Dios con todo lo que sea racional y espiritual en vuestra alma, así como llevó Abraham consiguió a su hijo Isaac. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, ad Corint., sent. 333, Tric. T. 6, p. 372, y 373.)”

“Empezad por la oración todo cuanto emprendáis. Si tenéis que hablar, orad antes de hablar. Por esta razón ponemos el nombre de Dios a la cabeza de todas las cartas que escribimos: porque bajo el nombre del Señor, todo es favorable y venturoso. (S. Juan Crisóstomo. Homl. 9, in Ep. ad Colon., sent. 358. Tric. T. 6, p. 378.)”

“¿Queréis que Dios os oiga? Pues pedidle el único bien. Sea Dios sólo el fin de vuestros deseos, pues El es el único que les puede dar satisfacción. (S. Agust., Psalm. 26, sent. 8, Tric. T. 7, p. 454.)”

“Si el salmo ora, orad con él; si gime, gemid también: si se alegra en Dios, alegraos igualmente: si espera, esperad asimismo, si teme, temed también: porque todo cuanto está escrito en el salmo, es como un espejo, con el cual se debe conformar nuestra alma. (S. Agust., Psalm. 30, sent. 15, Tric. T. 7, p. 455.)”

“Los verdaderos clamores que Dios oye, no salen de la boca, sino del corazón: muchos en el silencio de los labios han clamado fuertemente a Dios desde lo íntimo del corazón y otros, por el contrario, dando grandes gritos con la boca, al mismo tiempo que su corazón estaba apartado de Dios, nada han podido conseguir. Si clamáis, pues, a Dios, clamad en lo interior, que es donde os oye. (S. Agust., Psalm. 30, sent. 18, Tric. T. 7, p. 455.)”

“El que todo lo ha hecho, os dice: Pedidme lo que quisiéreis. Pedid, pues, al mismo que todo lo hizo, y tendréis en El y de El todas las cosas que ha hecho. (S. Agust., Psalm. 32, sent. 33, Tric. T. 7, p. 457.)”

“Si queréis orar sin cesar, desead continuamente el eterno descanso. (S. Agust., Psalm. 37, sent. 40, Tric. T. 7, p. 458.)”

“El que clama a Dios desde lo más profundo de su miseria, ya no está en lo profundo, ya empieza a levantar su voz. Otros hay que están en lo profundo de este abismo, y éstos son los que no conocen que están en él. (S. Agus., Psalm. 39, sent. 50, Tric. T. 7, p. 458.)”

“¿Pedís que Dios os de alguna cosa que pueda ser vuestra? Pues el mismo Dios que todo lo puede dar, es vuestro. ¿Qué cosa hay más preciosa ni más grande? Buscad sus dádivas y sanáis al mismo que las da. (S. Agust., Psalm. 49, sent. 66, Tric. T. 7, p. 460.)”

“Oid los clamores de David en sus salmos, para clamar a Dios con él; escuchad sus gemidos para gemir con él; y sus llantos, para juntar los vuestros, oid su voz después que se convirtió; para que os sirva de consuelo y esperanza. (S. Agust., Psalm. 50, sent. 68, Tric. ibid., ibid.)”

“¿Queréis que Dios oiga vuestra oración? Sed como los pobres: salga vuestra voz del fondo de la necesidad y del dolor, y no de la plenitud y del fastidio. (S. Agust., Psalm. 67, sent. 110, Tric. T. 7, p. 464.)”

“Yo me veo como un pobrecito huérfano; mi alma está destituída de consuelo y asistencia: clamo por vuestro socorro y confieso sin cesar mi flaqueza. (S. Agust., Psalm. 69, sent. 111, Tric. T. 7, p. 465.)”

“Cuando leéis, os habla Dios, cuando oráis, estáis hablando con Dios. (S. Agust., Psalm. 78, sent. 133, Tric. T. 7, p. 467.)”

“Nosotros no sabemos lo que debemos pedir a Dios. Algunas veces nos conviene que no suceda lo que deseamos. Dios es justo, y su bondad infinita. Por un efecto de su misericordia, nos niega lo que sin duda nos habría de perjudicar. (S. León, Papa, Serm. 54, sent. 44, Tric. T. 8, p. 393.)”

“Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo le beba, hágase vuestra voluntad. Estas palabras de nuestra cabeza son la salud de todo el cuerpo, y la instrucción de todos los fieles. Estas son las que encendieron el celo de todos los confesores, y las que coronaron a los mártires. ¡Quién hubiera podido sufrir las persecuciones del mundo, el ímpetu de las tentaciones y el furor de los perseguidores, si Jesucristo no nos hubiera enseñado a decir a su Eterno Padre: Hágase vuestra voluntad! Aprendan esta lección los que fueron rescatados con tan subido precio, para cuando se vean en alguna violenta tenta-

ción, y recurran a la oración eficaz para vencer los temores y sufrir con paciencia, los trabajos. (S. León Papa, Serm. 56, sent. 45, Tric. T. 8, p. 393.)”

“Lo que debemos pedir a Dios, en todo tiempo, así para nosotros, como para los demás, es que se digne concedernos lo que sabe que conviene a nuestras almas. Sobre todas las oraciones hemos de dirigir al Señor la del Padre nuestro, pues no debemos dudar que oirá una oración que El mismo instituyó. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 82, sent. 17, Tric. T. 9, p. 47.)”

“No es suficiente complacerse con la suavidad del canto, es necesario entrar en los afectos que inspiran los salmos que se rezan, y forman interiormente los actos de las virtudes que allí se expresan. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. Aug., sent. 20, Tric. T. 9, p. 47.)”

“Orar verdaderamente, es que resuenen con la compunción los gemidos del amor y no las palabras estudiadas. (S. Greg. el Grande, lib. 30, Mor., c. 21, sent. 5, adic., Tric. T. 0, p. 379.)”

“Orad con incesante lágrimas: orad continuamente y en todo tiempo: aplícaos a menudo a la oración; rogad a Dios de día y de noche; sea la oración frecuente, y orad siempre con continuación; gemid como la paloma; levantáis de noche a orar, y pasadla algunas veces toda en este santo ejercicio; multiplicad las vigilas para hablar con Dios: no interrumpa el sueño por mucho tiempo esta sagrada conversación, y en tomando un breve reposo, volved a orar. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 7, Tric. T. 9, p. 340.)”

“Rogad a Dios de día y de noche, sin dejar correr vuestra vida por diferentes objetos, y sin conceder cosa alguna a la curiosidad de los ojos. Quitad la ocasión: cortad todo cuanto pueda ser materia de pecado o puerta de la tentación. Disponedlo todo sin perturbación y con paz. A ninguno juzguéis con más severidad que a vosotros mismos. (S. Anselmo, ibid., sent. 31, Tric. T. 9, p. 346.)”

“¿En qué podéis pensar que sea más útil que la salvación, que en tan digna ocupación de vuestro entendimiento, (hablo de la oración) que en los inmensos beneficios de vuestro Criador? Meditad, pues, con el más suave sentimiento, y con la dilatación de un corazón humilde y penetrado de Dios: considerar la nobleza y excelencia que el Señor os dio desde el instante de la creación, y pensad bien con qué amor y con qué profundo respeto le debéis adorar. (S. Anselmo, 1.<sup>a</sup> Medit., sent. 36, Tric. T. 9, p. 348.)”

“La acción, acredita las palabras; pero la oración, atrae la gracia

que hace eficaces las obras y las palabras. (S. Bern., Epist., 221, n. 3, sent. 116, Tric. T. 10, p. 329.)”

“Después de cenar no hemos de ir a la cama, sino a la oración, si no queremos vivir una vida más animal que las de las mismas bestias. (S. Juan Crisóst., de Lázaro, Conc. 1, n. 8, sent, 190, Tric. T. 6, p. 332.)”

**Orgullo.**— “El que ha caído se vuelve fácilmente a levantar, si recurre al Soberano reparador implorando su asistencia; pero cuando nuestra ruina proviene del orgullo, es como irreparable: porque el soberbio conoce con mucha dificultad su pecado: o si le reconoce, no recurre a la asistencia del Soberano médico para que le sane, sino que busca en sí mismo el remedio. De esta suerte, no hay que esperar que cure de su mal, porque el mismo remedio que él se aplica es una verdadera enfermedad. (S. Ambrosio, Epist. 84, sent. 170, Tric. T. 4, p. 349.)”

“El rey de todos los malos, es la soberbia: hace que no nos conozcamos, y después de mucho trabajar, nos roba los tesoros de virtud que pudiéramos haber adquirido. La negligencia nos acarrea infinitos males; pero la soberbia los engendra aun en las buenas obras. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, in Isaiam, sent. 158, Tric. t. 6, p. 330.)”

“Avergüéncese el hombre de ser soberbio, después que el mismo Señor se humilló por su amor. (S. Agustín. Psalm. 18, sent. 6, Tric. T. 7, p. 454.)”

“Avergüéncese el hombre de ser soberbio, después que Dios se ha humillado. (S. Agust., Psalm. 54, sent. 76, Tric. T. 7, p. 461.)”

“Ninguno es más incurable que el que se tiene por sano. (S. Agust., Psalm. 58, sent. 85, Tric. T. 7, p. 462.)”

“Todo hombre que sigue su propio espíritu, es soberbio: sujeté su espíritu para recibir el de Dios. (S. Agust., Psalm. 139, sent. 166, Tric. T. 7, p. 469.)”

“¿Quién necesita tanto la misericordia como el que es miserable? y ¿quién es tan digno de la misericordia como el miserable que es soberbio? (S. Agust., lib. 3, c. 4, sent. 6, adic., Tric. T. 7, p. 481.)”

“Casi no hay página en los santos libros en que no resuene esta sentencia: Dios resiste a los soberbios, pero da la gracia a los humildes. (S. Agust., de Doct. Christ., c. 23, sent. 11, adic., Tric. T. 7, p. 481.)”

“La soberbia es la madre de todos los herejes. (S. Agust., Ep. fund., c. 6, sent. 21, adic., Tric. T. 7, p. 485.)”

“Adán bien hubiera podido gobernar su cuerpo en paz, si se hubiera dejado gobernar por su Criador que le formó en un estado perfecto: mas habiéndose sublevado contra El, inmediatamente sintió en si la rebeldía de su propia carne. Y como la pena de su pecado pasa con una funesta proporción hasta nosotros con la culpa, todos nacemos con este vicio de enfermedad y miseria; de suerte, que siempre llevamos en nosotros un enemigo doméstico, al que con grande trabajo podemos vencer. Es verdad que halla el hombre en esta vida, que es una continua tentación, los medios de vencerla; pero aunque continuamente corte y cercene con la virtud los renuevos de flaqueza que brotan en él, esta misma flaqueza no deja de engendrar continuamente lo que la virtud debe cortar sin cesar. De este modo, la vida del hombre es una continua tentación: pues aunque reprema la iniquidad, no por eso deja la luz de sus buenas obras de hallarse siempre muy oscurecida, ya con la importuna memoria de sus pecados, ya con las nubes de las sugerencias del maligno espíritu, y ya con la interrupción o tibieza del fervor. (S. Greg. el Grande, lib. 8, c. 6, p. 244, sent. 31, Tric. T. 9, p. 239 y 240.)”

“Como el alivio que busca el hombre es una incomodidad que padece, le causa otra: el remedio de sus males viene a ser un nuevo mal que le mantiene en el desmayo y en la continua miseria, de suerte, que aunque estemos libres de calenturas y dolores, nuestra misma salud nos sirve de enfermedad que necesita de continuos remedios. Y a la verdad, todos estos alivios que continuamente se buscan contra las incomodidades de la vida ¿no son como remedios contra los males que la afligen? Pero lo más deplorable que hay en esto es que el mismo remedio se convierte en nuevo mal; pues por excelente que sea, si le usamos por demasiado tiempo, hallamos que de nuevo nos incomoda lo mismo que habíamos buscado para aliviarnos. De este modo mereció ser castigada la presunción de nuestro corazón: así también debió ser reprimida nuestra insolencia; y era preciso que para castigar al alma del hombre por la soberbia con que una vez se levantó contra su Criador, llevase un cuerpo que es una masa de barro y de tierra que continuamente se inclina a la caída. Por otra parte, también nuestra alma tiene sus trabajos: porque después que fue desterrada de los gozos sólidos y espirituales, ya se ve engañada con la vana esperanza, ya agitada del temor, ya abatida de la tristeza, ya arrebatada de la falsa alegría; se aficiona con obstinado amor a los bienes pasajeros, se aflige con exceso cuando los pierde, y recibe todas las diferentes

impresiones de las diversas mudanzas que la sobrevienen. Esta vil sujeción a las cosas mudables, la trae en continua incertidumbre. Por lo cual la sucede muchas veces, que después de haber buscado con ansia lo que no tenía, lo recibe con pesadumbre o inquietud. Inmediatamente que lo logra empieza a fastidiarse de tenerlo. Otras veces empieza a desear lo que antes había despreciado, y desprecia lo que más había querido. Con mucho trabajo aprende y percibe las cosas de la eternidad, y en dejando de aplicarse a contemplarlas, fácilmente las olvida: tarda mucho tiempo en adquirir algunos ligeros conocimientos de las cosas espirituales y divinas, y volviendo a caer al instante en la bajeza de sus ordinarios entretenimientos, ni aun puede mantenerse en aquel poco de conocimiento que ha adquirido. Cuando pretende instruirse, le cuesta inmenso trabajo vencer su ignorancia; y cuando llega a instruirse, todavía es mayor el trabajo de pelear contra la vanagloria que esta ciencia le causa. Doma con mucho trabajo las rebeldías de su carne, y aun reprimidas las acciones exteriores, se ve precisado a padecer las ilusiones vagas y las representaciones molestas. Algunas veces se esfuerza a elevarse al conocimiento de la Naturaleza divina: pero sus ojos deslumbrados con los rayos de aquel infinito resplandor, se ven muy presto cubiertos de las sombras de los objetos terrenos que le son tan familiares. (S. Greg. el Grande, –lib. 8, c. 19, p. 286,– sent. 37, Tric. T. 9, p. 242, 243 y 244.)”

“Otros vicios solamente destruyen cada uno a la virtud contraria: la ira, destruye a la paciencia; la gula, a la abstinencia; la lujuria a la continencia. Pero la soberbia, raíz de todos los vicios, no contenta con arruinar una virtud sola, se levanta contra todo cuanto hay en el alma: es como una enfermedad general y pestilente que corrompe todo el cuerpo de tal modo, que en cuantas acciones se ejecutan con este vicio, aunque parezcan de virtud, no sirven a Dios, sino a la vanagloria. (S. Greb. el Grande, lib. 20, c. 18, sent. 9, adic., Tric. T. 9, p. 379 y 380.)”

“Guardaos de la soberbia, huid toda ostentación temed la vanagloria, y despajaos de toda propia estimación; no haya presunción; no haya arrogancia; absteneos del fausto; dejad toda altanería; cortad todo cuanto huele a insolencia; no extendáis las soberbias alas para elevaros; no levantéis las alas dando atrevido y ambicioso vuelo a la vana estimación; nada presumáis de vosotros mismos; no os atribuyáis la gloria de bien alguno; no os remontéis para volar con vuestras propias alas. (S. Anselmo. Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 9, Tric. T. 9, p. 340 y 341.)”

“Se se os muestra risueña la fortaleza, de ningún modo os hinchéis con el insolente orgullo; si la adversidad sopla maligna, no caigáis de ánimo; si sobreviene alguna calamidad, no os dejéis abatir; sed moderados en la prosperidad, y sufridos y constantes en las desgracias; sabed que Dios os envía el dolor como una prueba y un preservativo contra la soberbia. (S. Anselmo, *ibid.*, sent. 13, Tric. T. 9, p. 342.)”

“El que salte antes de abrir los ojos para tomar sus medidas, dará una gran caída. (S. Bern., de Cont. Mund., n. 29, sent. 110, Tric. T. 10, p. 328.)”

# P

**Paciencia.**— “Permitid que a lo menos aprendan de vuestras obras; sed contra sus iras pacíficos; contra sus jactancias, humildes; contraponed vuestras súplicas a sus maldiciones; contra sus errores, permaneced vosotros firmes en la fe; contra sus feroces costumbres, sed mansos no queriendo imitarlas; siempre nos hallen hermanos suyos en la benignidad, mas procuremos ser imitadores del Señor; cada uno de nosotros padezca la mayor injuria; cada uno permita que le defrauden en sus bienes; cada uno se deje despreciar. (S. Ignacio, a los de Efeso, en su carta, sent. 2, Tric. T. 1, p. 338.)”

“Ahora, entre cadenas, aprendo a no desear cosa alguna; ahora empiezo a ser discípulo de Cristo, no esperando nada de cuanto hay visible por conseguir a Jesucristo. (S. Ignacio, a los Rom., sent. 6, p. 340.)”

“Dios es un grande depositario de nuestra paciencia. Si dejáis en sus manos las injurias, El las vengará: si le encomendáis vuestras pérdidas, El os reintegrará; si le manifestáis una dolencia, El será vuestro médico; y si le ofrecéis vuestra muerte, El os resucitará. Ved cuán heróica será la virtud de la paciencia que obliga al mismo Dios; y no sin razón, porque ella pone en observancia la ley, y tiene parte, en el cumplimiento de todos sus mandatos. La paciencia, fortifica la fe, establece la paz, fomenta la caridad, funda la humildad, facilita la práctica de la penitencia, gobierna el cuerpo, defiende el espíritu, enfrenta la lengua, liga las manos, vence las tentaciones, disipa los escándalos, consuma el martirio, consuela al pobre, modera al rico, disminuye los males, templa los bienes, consuela a los siervos a sus dueños y el señor a sus criados, da esmalte a la belleza de una mujer, y honor a los hombres. La paciencia es amable en tiernos niños, laudable en los jóvenes, y respetable en los ancianos: en una palabra, la paciencia tiene el aspecto más bello y admirable en todos los sexos

y edades. (Tertuliano, lib. de la paciencia. c. 15, sent. 12, Tric. T. 21, p. 198.)”

“Se vio Cristo desamparado y le hicieron traición, y aún la sufrió de un Apóstol. Para que si te desampara el compañero, o extraviado, lleves con moderación haber errado el juicio y haber perdido los beneficios que le hiciste. (S. Ambrosio, in Luc., lib. 5, c. 5, sent. 39, Tric. T. 4, p. 405.)”

“Libró Dios al Profeta Jeremías, no porque le sacó de la calamidad y de la persecución, pues leemos que padeció muchas, sino dando victorias a su paciencia y sosteniéndole para que no se rindiese a tantos males. (S. Jerónimo, in Jerem., c. 1, sent. 61, Tric. t. 5, p. 249.)”

“Cuando nos vemos separados de la compañía de nuestros hermanos, y arrojados de la casa de Dios en castigo de alguna culpa, no debemos resistir, sino sufrir con paciencia el juicio que se ha hecho de nosotros, diciendo con un profeta: Yo padeceré el efecto de la ira de Dios, pues pequé contra El: hasta tanto que el Señor quiera justificarme. (S. Jerón., lib. 5, c. 17, sent. 76, Tric. T. 5, p. 251.)”

“Si todos los cristianos deben llevar, los unos, las cargas de los otros, los esposos tienen mayor obligación respecto de sus esposas. Si es pobre, guardaos de echárselo en cara; aunque sea rara e insensata, no la insultéis por su necesidad, antes bien, procurad ilustrarla y advertirla, porque es como uno de vuestros miembros, y ya sois con ella una misma carne. Si tiene muchos defectos, no ceséis de rogar a Dios, de reprenderla, y de hacer todo lo posible por corregirla. (S. Juan Crisóst., Homl. 26, c. 21, sent. 310. Tric. t. 6, p. 366.)”

“Un filósofo pagano –Sócrates– que tenía una mujer –Xautipamala, respondió un día a los que le preguntaron por qué la conservaba, que lo hacía con el fin de tener siempre en su casa una viva lección de filosofía y un continuo motivo para ejercitarse: porque yo seré más pacífico y benigno con los otros cuando me halle bien instruido en mi casa en este punto de paciencia. No puedo contener las lágrimas cuando veo algunos paganos más prudentes que nosotros los que debiéramos imitar las virtudes de los Angeles: o por mejor decir, cuando tenemos obligación de imitar a Dios en su mansedumbre. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 311, Tric. ibid., ibid.)”

“Sufriendo los unos a los otros con caridad, ¿cómo es posible, me diréis, sufrir a una persona colérica y maldiciente? Por eso dijo el Apóstol con caridad: Si no sufrís a vuestro prójimo, ¿cómo os ha de

sufrir Dios? Si no excusáis los defectos del que sirve con vosotros a un mismo dueño, ¿cómo ha de tolerar Dios los vuestros? Mas donde está la caridad, todo es sufrible. (S. Juan Crisóst., Homl. 9, c. 6, ad Ephes., sent. 340, Tric. T. 6, p. 375.)”

“Antes de obrar, es preciso prever y considerar los obstáculos que puede hacer en la acción que vamos a emprender, para que te- niéndolos presentes, y armándonos de paciencia, podamos vencer todo cuanto sucediere, y contar por beneficio y ventajas el mal que nos sobrevenga. (S. Greg. el Grande, –lib. 5, c. 48, p. 17,– sent. 15, Tric. T. 9, p. 234.)”

“Conservad en todas las cosas la serenidad de espíritu; no se mude la disposición de vuestra alma con la alegría ni la tristeza; sufrid con el mismo rostro todos los golpes; no os turbe accidente alguno, por extraño que os parezca; no haya desgracia que os halle mal dispuestos para recibirla; prevenidlas todas con la reflexión, y preved desde lejos las que os puedan sobrevenir. (S. Anselmo, Exhort; ad contemptum temporalium, sent. 14, Tric. T. 9, p. 342.)”

“Si os sorprende la ira, reprimidla; si se desenfrena y anticipa a todas vuestras medidas, procurar sosegarla; moderad los repentinos movimientos; detened la indignación; aplacad la conmoción del corazón; poned freno a vuestras turbulentas pasiones. Si no podéis menos de sentir la ira, a lo menos procurad detener su violencia; si no podéis impedir que sus movimientos os arrebaten algunas veces, a lo menos ordenadlos con prontitud, y sosegaos; aprended a sufrir una injuria más que a sentirla; aprended a sufrir el mal antes que a hacerle. (S. Anselmo, ibid., sent. 15, Tric. ibid., ibid.)”

“Ser benigno, pacífico, afable, manso, modesto y cauto; conservad en todo la moderación, la tranquilidad y la paciencia; despreciad los ultrajes y las afrontas; oponed a los tiros de las injurias el escudo de la constancia; recibid en este mismo escudo las saetas de las lenguas venenosas y las palabras picantes; la espada que sale de la boca impura, se hará pedazos si halla un corazón armado con el acero de la paciencia. Aunque os acometan sin atenciones, aunque os insulten, y aunque os ultrajen, aunque os persigan con atroces imposturas, aunque os susciten pleitos y querellas, aunque os hagan injusticia y pretendan oprimiros, aunque os traten con el mayor desprecio, no abráis la boca, guardad un silencio modesto, despreciad la ofensa, disimulad la injuria, perdonad generosamente, nada respondáis, no os venguéis diciendo injuria por injuria; en consiguiendo callar, podéis asegurarlos

de la más pronta y gloriosa victoria. (S. Anselmo, *ibid.*, sent. 16, Tric. T. 9, p. 342 y 343.)”

“La verdadera paciencia es sufrir y hacer contra lo que da gusto, pero no más de lo lícito. (S. Bernardo, *Epist. 7, ad Adam Mon.*, sent. 5, adic., Tric. T. 10, p. 346.)”

**Palabra de Dios.**— “En los juicios, en las oraciones de los tribunales, hágase ambiciosa ostentación de las riquezas de la elocuencia. Mas cuando se habla de Dios, la pura sinceridad de las palabras no estriba en las fuerzas de la elocuencia para los argumentos de la fe, sino en las cosas. Toma no sentencias discretas, sino fuertes; no las adornadas con expresiones cultas para halagar los oídos del pueblo, sino verdades desnudas y sencillas para predicar la benignidad divina. (S. Cipriano, *Epist. 1, ad Donat.*, sent. 1, adict., Tric. T. 1, p. 378.)”

“Así como el cuerpo no podría vivir sin alimento, también el alma necesita alimento espiritual, por lo cual es preciso sustentarlo con la palabra de Dios, el rezo de los salmos, la lectura de la Escritura Sagrada, ayunos, vigilias, lágrimas, esperanza y meditación de los bienes futuros. (S. Efrén, *de comp. et salut. anim.*, sent. 154, Tric. T. 3, p. 79 y 80.)”

“No se ha de anunciar la palabra de Dios por ostentación o por interés; es necesario enseñarla puramente por la gloria del Señor, como si le viéramos presente entre los que nos oyen. (S. Basilio, *Reg. 70, c. 23*, sent. 48, Tric. T. 3, p. 198.)”

“No debemos esperar el buen éxito de nuestra predicación, del trabajo o de la fuerza de la elocuencia, sino de la pura gracia de Dios. (S. Basilio, *ibid.*, c. 27, sent. 49, Tric. T. 3, p. 198.)”

“Si me preguntan cómo deben ser aquellos a quienes está sometida la predicación del Evangelio, respondo, que han de ser como los Apóstoles, como verdaderos ministros de Jesucristo y fieles dispensadores de sus misterios, que deben seguir únicamente en todas sus acciones y palabras lo que el Señor les ha encomendado, como la regla y forma de piedad, por lo cual los que siguen al Señor, se deben gobernar en el camino recto, instruyéndose en el conocimiento de la depravación de todos los que se retiran en la menor cosa de su imperio; como padres y madres que llenos de ternura hacia sus hijos, y penetrados de la caridad de Jesucristo, siempre estén prontos, no sólo para comunicarles el Evangelio, sino para dar la vida por su salud; como coadjutores de Dios, entregados del todo a su obra, sin otro fin que el de su gloria. (S. Basilio, *Reg. 80*, sent. 57, Tric. T. 3, p. 199.)”

“La palabra de Dios es toda de fuego: esto se entiende de tres modos: porque unos purifica, porque nos abrasa y porque nos ilumina. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 68, Tric. T. 4, p. 326.)”

“Purifica la divina palabra y purifica nuestra confesión: aquella, cuando se oye, y ésta, cuando se profiere. Purifica el buen pensamiento y las honestas operaciones, como también la frecuencia de la buena conversación. (S. Ambrosio, in Psalm. 50, sent. 30, adic., Tric. T. 4, p. 402.)”

“Es preciso despreciar todo aquel arte de retórica y toda aquella elegancia pueril que sólo consiste en las palabras y no sirve sino para granjearnos los vanos aplausos del pueblo; y recurrir a la santa gravedad de las divinas Escrituras, en las cuales hallaremos los verdaderos remedios de nuestros males y el sólido alivio en nuestros dolores. (S. Jerón., Ep. ad Jul. 118, sent. 32, Tric. T. 5, p. 244.)”

“Así como el apetito es buena señal de la salud para el cuerpo, así también el gusto y amor a la palabra de Dios, es grande señal de la salud de nuestra alma. (S. Juan Crisóst., Homl. 15, ibid., sent. 93, Tric. T. 6, p. 316.)”

“Si un predicador adelanta alguna cosa sin apoyarla en la Escritura, titubean los espíritus de sus oyentes, y se quedan en la incertidumbre de lo que deben creer; ya les viene el pensamiento de desecharla, como frívola, y ya el de recibirla como probable. Pero desde luego que prevalece la autoridad de la Escritura, el entendimiento del predicador y el de la gente, no tienen la menor duda, y se hallan sólidamente firmes en la verdad. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 95, sent. 132, Tric. T. 6, p. 324.)”

“No asistamos a la lectura de los santos Evangelios como por cumplir: estemos de pie, y recibamos aquellas divinas palabras con mucha atención y respeto, sin cansarnos, sin estar sentados y sin distraernos a hablar con los que están a nuestro lado. (S. Juan Crisóstomo, Serm. in illud “attendite ne eleemosyn”, sent. 250, Tric. T. 6, p. 351.)”

“Así como el apetito de comer es señal de la buena salud del cuerpo, así el deseo de las pláticas espirituales arguye la sanidad del alma. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 2, in Isaiam, sent. 13, adic., Tric. T. 6, p. 455.)”

“La virtud del pregonero es seguir con toda verdad lo que le han confiado que publique, sin añadir, quitar ni mudar en cosa alguna. Si se ha de predicar, pues, se ha de ejecutar con toda fidelidad y constan-

cia; de lo contrario, no será virtud el predicar. (S. Juan Crisóst., Actit., Homl. 1, sent. 21, adic., Tric. T. 6, p. 460.)”

“Si el predicador no está inflamado, es difícil que inflame a los oyentes. (S. Agust., Psalm. 103, sent. 148, Tric. T. 7, p. 468.)”

“El siervo de Dios más debe querer escuchar, que hablar: debe poner su alegría en oír la palabra de Dios, y sola la necesidad le debe precisar a hablar. (S. Agustín, Psalm. 139, sent. 164, Tric. T. 7, p. 469.)”

“Un sermón es como un espejo en que cada uno debe ver sus defectos sin enojarse contra el predicador: así como una señora que consulta a su espejo, no le quiebra porque le manifieste alguna mancha en el rostro, o algún desalíño en el vestido. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. Aug., sent. 21, Tric. t. 9, p. 47.)”

“Los jóvenes, aunque sean sabios, no se deben arrojar temerariamente al ministerio de la predicación; pues nos dice la Escritura, que en lo hombres de madura edad está la sabiduría, y que la prudencia está en los que han vivido mucho tiempo. (S. Greg. el Grande, lib. 11, c. 6, p. 369, sent. 54, Tric. t. 9, p. 251.)”

“La palabra divina, así como es digna de ocupación de los prudentes, por razón de los misterios que encierra, así también con lo más superficial es el consuelo de las almas sencillas. Con lo público alimenta a los pequeñuelos; con lo más secreto, admira y suspende los entendimientos sublimes. Es como un río que en unas partes va somero, y en otras muy profundo, en el que pasa el cordero, y nada el elefante. (S. Gregorio el Grande, lib. Job., c. 4, sent. 1, adic., Tric. T. 9, p. 378 y 379.)”

“Muchas son las señales que manifiestan el corazón de los oyentes: la principal, es el que alaben lo que oyen, no siguiendo lo que alaban. (S. Greg. el Grande, lib. 20, c. 12, sent. 3, adic., Tric. T. 9, p. 379.)”

“Más se debe instruir a los pueblos con la buena vida, que con los discursos, procurando cada uno hacerse más amable con la mansedumbre y bondad, que temible con una justicia tan severa que a ninguno perdone. (S. Anselmo, Epist. 71, lib. 1, sent. 51, Tric. t. 9, p. 356.)”

“Oigo con gusto la voz de un Doctor que no solamente mueve al aplauso, sino también al llanto. (S. Bern., Serm. 65, in Cant., n. 3, sent. 23, Tric. T. 10, p. 323.)”

“El ejemplo de las obras es un sermón vivo y eficaz: fácilmente

persuade lo que se dice el que muestra que es factible lo que persuade. Vive, pues, persuadido a que de estos dos preceptos, el de la palabra y el del ejemplo, depende en suma tu obligación, en cuanto a la seguridad de tu conciencia. Pero si eres prudente, añadirás el tercero, esto es, la aplicación a la oración, para cumplir con aquellas tres repeticiones de Cristo en el Evangelio acerca de apacentar sus ovejas. Conocerás que en ninguna cosa has defraudado el sacramento de esta Trinidad, si las apacientas con la palabra, con el ejemplo y con el fruto de tus santas oraciones. Tres cosas son estas, la palabra, el ejemplo y la oración, pero la mayor de ellas es la oración; porque si la obra es la virtud de la voz, pero la oración es la que merece la gracia y la actividad para la voz y la obra. (S. Bern., —Ep. 201, ad Bald. Abl., Reantin. Mon., —sent. 28, adic., Tric. T. 10, p. 355 y 356.)”

**Pasiones.**— “Dice Jesucristo: Mi Eterno Padre arrancará el árbol que no de fruto en mí, y limpiará a los que le produzcan, para que le den más abundante; porque así como se hace un yermo la viña que no se poda, así también sucede en el corazón del hombre, por lo que la palabra de Dios, como un cuchillo, corta de nuestro corazón los tallos superfluos que en el nacen, reprimiendo nuestras desordenadas pasiones, que pudieran producir perversos frutos. (S. Clemente, Pedagogo, lib. 1, c. 8, sent. 2, Tric. T. 1, p. 123.)”

“Todos sabemos, por haberlo aprendido en la Escritura, que un cristiano no debe emplear el tiempo en juegos y diversiones del mundo. (S. Efrén, —a lud. reb. abast., —sent. 13, Tric. T. 3, p. 79.)”

“Siendo cristianos, no debiéramos conocer otra guerra que la que es preciso hacer contra las potestades espirituales, que son nuestros enemigos. (S. Gregorio Nacianceno, Orat. 14, sent. 24, Tric. T. 3, p. 355.)”

“Cuando el hombre se deja vencer del tumulto y desarreglo de sus pasiones, no es el ya el que manda, sino la pasión que le domina, supuesto que habéis sido criados para mandar a las bestias, dominad a lo menos vuestras pasiones, por atender a vuestra salvación. (S. Greg. de Nisa, Orat. 1, sent. 1, Tric. T. 4, p. 113.)”

“Hagamos al hombre para que presida. Para mandar nació el hombre. ¿Por qué, pues estás sirviendo a las pasiones? ¿Cómo así te despojas de tu dignidad? ¿Por qué te entregas al pecado para hacerte siervo? ¿Por qué te abates a ser esclavo, del demonio? (S. Gregorio de Nisa. Orat. 1, sent. 1, adic., Tric. T. 4, p. 357.)”

“Cortad, Señor, con vuestro espiritual cuchillo la corrupción de

mis pecados y mientras me tenéis sujeto con los lazos de la caridad, id separando de mi todo cuanto está corrompido; venid prontamente a quitar de mi corazón con favorables incisiones tantas pasiones diversas y ocultas que le despedazan; manifestadme la llaga par que el mal no pase adelante. (S. Ambrosio, lib. 5, in c. 5, sent. 82, Tric. 4, p. 329.)"

"Nada debemos tener por útil sino lo que sirve para la vida eterna, y no debemos estimar todo lo que toca a los placeres y utilidades de la presente vida. Por lo cual, no hemos de considerar como una comodidad verdadera la abundancia de los bienes del mundo, antes bien, la hemos de mirar como embarazo e inquietud, entretando que no procuraremos desprendernos: debemos, pues, contemplar las riquezas como una carga cuando las guardamos, y no tenerlas por perdidas cuando las damos a los pobres. (S. Ambrosio, de Officciis, lib. 1, c. 2, sent. 118, Tric. T. 4, p. 337 y 338.)"

"Yo os digo que ofrezcáis vuestros cuerpos a Dios como una hostia viva. Y ¿cómo podrá nuestro cuerpo llegar a ser hostia? No miren nuestros ojos lo malo, ni se emplee nuestra lengua en malas conversaciones, y haremos de nuestro cuerpo una santísima oblación: más no basta esto, es preciso hacer el bien. Es necesario que la mano de la limosna: que la boca bendiga al que nos maldice; que los oídos se ocupen en oír la palabra de Dios, y de este modo nada habrá que sea impuro en la hostia de nuestro cuerpo. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 1, -20 c. 12.- sent. 290, Tric. T. 6, p. 360.)"

"¿Por qué, siguiendo aquí vuestras pasiones, os consumís miserablemente en la miseria de las sensualidades terrenas? ¿No sabéis que tenéis en el cielo Padre, patria y herencia? (S. Agust., Psalm. 78, sent. 126, Tric. t. 7, p. 466.)"

"No es lo mismo cesar de hacer alguna cosa, v. gr., el pecado, que abolirle y arrojarle. Pues en la cesación de pecar no se sigue la extirpación de las perturbaciones del ánimo, sino que se contienen con la razón, como con un freno las pasiones: se ven reducidas a una cierta quietud, y después se van venciendo con el ejercicio y trabajo e la virtud, pero aún no se arrancan del todo del ánimo. La extirpación de las pasiones desenfrenadas, es mucho más que cesar de pecar, y no la podremos conseguir, si primero no cesamos de pecar, y abriendo de este modo paso, subimos más fácilmente a lo que es más que dejar de pecar... Pero la extirpación de la perturbación de las pasiones, de ningún modo es obra de solos nosotros, es obra propia de Jesucristo

que padeció por nosotros para reformarnos a todos en una nueva vida. (s. Cirilo Alejand., *Comment. in Joann.*, lib. 5, c. 51, sent. Tric. t. 8, p. 98.)”

“Entretanto que dura la vida no se debe desesperar de la salud de ninguno: de todos se debe esperar que se corrijan con el auxilio de Dios, que levanta a los que se precipitaron, rompe las cadenas de los que estaban en prisiones y da luz a los ciegos. (S. León Papa, *Serm. 33, sent. 25, Tric. T. 8, p. 387.*)”

“Ser insensibles a las pasiones y a los atractivos de la concupiscencia, no pertenece a esta vida que toda es tentación, y aquel es vencido de ella, que no recela ser vencido. Es soberbio el presumir que no pecaremos fácilmente, pues ya es pecado el haberlo presumido: porque, como dice San Juan: Si dijéramos que no tenemos pecados, nos engañamos, y no es ‘ta en nosotros la verdad. (S. León Papa, *Serm. 40, sent. 35, Tric. T. 8, p. 390.*)”

“Convencidos estamos de que queremos, cuando hacemos lo que no se haría si no quisiéramos. (S. Bernardo, *lib. Arb. n. 14, sent. 12, Tric. T. 10, p. 322.*)”

“Infeliz víctima es aquella que venciendo al hombre, se rinde al vicio. (S. Bern., *Exhort. ad Mil.*, n. 2, sent. 161, *Tric. T. 10, p. 331.*)”

“El hombre que se abandona a las pasiones es semejante a los animales que se dejan llevar del ímpetu de sus instintos. ¿Qué digo? Es peor que ellos: porque los animales de la misma especie no se atacan unos a otros: mientras que el hombre, llevado de sus pasiones, ataca al hombre. El sólo reúne la envidia del perro, la voracidad del lobo, el orgullo del león, la ferocidad del tigre, la maldad de la serpiente, la astucia de la raposa, etc. No se puede, dice un grave autor, no se puede seguir considerando como hombre al que vemos metamorfoseado por medio de las pasiones: la apariencia humana que le queda, prueba que en otro tiempo fue un hombre, pero que ya no lo es. Si la avaricia que le devora le impele a arrebatar violentamente bienes al prójimo, colocadle entre los lobos; si cediendo a sus arrebatos y agitaciones se entrega a gritos, injurias y querellas, colocadle entre los perros; si se alegra de haber engañado a su prójimo con secretas astucias, igualadle a las rapiñas; si está poseído de la ira y del furor, creed que tiene un corazón de león; si tímido y miedoso huye, aun cuando no corra peligro alguno, ponedle en parangón con el ciervo; si se manifiesta perezoso y estúpido, poned su vida al nivel del asno; si da pruebas de ligereza e inconstancia, comparadle justamente

con las aves, y sobre todo, con las mariposas; si se sumerje en los sucios y asquerosos deleites de la carne, colocadle entre un cerdo y macho cabrío, y los tres serán dignos uno de otro. Así el hombre que abandona a Dios, la justicia y la virtud, se convierte en bestia inmunda y cruel. (Boethius, de Consolatione, lib. 4, Barbier., T. 4, p. 151.)”

**Patria.**— “Cristianos, vosotros sois ciudadanos de la celestial Jerusalén, y peregrinos en este mundo. Ninguna parte tenéis en los placeres del siglo; sólo la aflicción os pertenece; el mundo se alegrará y vosotros lloraréis, decía Jesucristo; y también, felices los que lloran. En el mundo no hay realidad alguna, todo es imaginario. (Tertuliano, lib. de la Corona de los que militan, c. 13, sent. 21, Tric. T. 1, p. 201.)”

“Si sois verdaderamente cristianos, no tenéis ciudad ni habitación sobre la tierra. Dios es el fundador y arquitecto de nuestra celestial ciudad. Cuando fueseis dueño de toda la tierra, no seríais más que un pasajero que va de viaje. Nosotros estamos destinados para ser ciudadanos del cielo y allí debemos habitar desde ahora con el corazón y el espíritu. No hagamos lo que los niños, que despreciando las cosas grandes, se admirán de las pequeñas. (S. Juan Crisóst., Homl. 17, sent. 16, Tric. T. 6, p. 302 y 303.)”

“La primera y más saludable doctrina que debemos abrazar, es persuadirnos que en esta vida somos caminantes y extranjeros; esta ciencia es la raíz y fundamento de toda virtud; pues el que sólo usa como huésped y pasajero de las cosas presentes, algún día se verá ciudadano y poseedor de las del cielo. (S. Juan Crisóstomo, in Psalm. 119, sent. 139, Tric. T. 6, p. 326.)”

“Cuando se halla contento en el destierro, es señal de que no se desea la patria. (S. Agust., Psalm. 78, sent. 134, Tric. T. 7, p. 467.)”

“Levantemos nuestro corazón a aquella santa ciudad, elevemos a ella nuestro amor y nuestra esperanza, y no los dejemos pudrirse sobre la tierra. (S. Agust., Psalm. 86, sent. 137, Tric. T. 7, p. 467.)”

“Escoged una de dos, y ved si queréis más una eterna pena, que un trabajo corto y pasajero; una felicidad temporal o un eterno descanso. (S. Agust., Psalm. 91, sent. 139, Tric. T. 7, p. 467.)”

“El descanso eterno merecería conseguirse con eterno trabajo. (S. Agust., ibid., sent. 140, Tric. ibid., ibid.)”

“Todos apetecen el sumo bien con un deseo natural. (S. Bern., Tract. in Cant., sent. 164, Tric. T. 10, p. 332.)”

“Patria es el lugar en donde hemos nacido y nos hemos criado. En

la ley antigua consagró Dios en cierto modo el amor a la patria. Moisés no deja de exhortar a los judíos al aprecio de sus leyes, de su nación y del suelo de la tierra prometida, y todo el mundo sabe hasta donde llegó el patriotismo de este pueblo. El autor del Eclesiástico, llenó de alabanzas a todos los personajes que contribuyeron a la prosperidad y fuerza de la nación judáica. Si Jesucristo no manda en el Evangelio el amor a la patria, es porque vino para formar una sociedad religiosa, universal entre todos los pueblos, por consiguiente para inspirar a todos los hombres una caridad general. En Jesucristo, dice San Pablo, no hay judío, ni gentil, ni escita, ni bárbaro, todos son un mismo pueblo y una sola familia. (Ep. a los Colos. c. 3, v. 11, a los Gálat., c. 3, v. 28, Bergier, T. 7, p. 590.)"

"Existe, dice San Gregorio Nacianceno, una patria para los grandes hombres, para los hombres verdaderamente virtuosos, es aquella Jerusalén que sólo se comprende con la inteligencia y no estas ciudades que vemos oprimidas en estrechos muros y habitadas por ciudadanos que pasan y desaparecen. Estas mansiones terrestres, están pretendidas patrias se parecen a la escena de un teatro. (In Districh., Barbier, t. 1, p. 217.)"

"San Gregorio de Nisa, decía de San Basilio: Jamás ha temido el destierro, porque estaba convencido de que tan sólo el Paraíso es la patria de la humanidad: miraba la tierra toda como un lugar común de destierro. (Orat., Barbier, ibid., ibid.)"

"Los santos de todos los siglos y de todos los países, ha mirado la tierra como un destierro; el cielo, como la única y verdadera patria... (Barbier, ibid., ibid.)"

"¿Cuál no debe ser, dice San Bernardo, la abundancia de un lugar en donde no hay nada de lo que no se quiere, y se encuentra todo lo que se desea? La remuneración de los escogidos, dice en otra parte este gran santo, es un torrente de delicias, un río impetuoso de goces. Es un río que corre de una u otra parte, y que jamás se seca. Se le compara a un río, no porque pase, sino porque tiene su profundidad. (Serm. in errores huj. saeculi, Barbier, ibid., ibid.)"

"El ojo no ha visto: el oído no ha percibido: ni el corazón del hombre jamás concibió lo que Dios ha preparado a los que le aman, dice San Pablo a los corintios. El ojo del hombre jamás ha visto, y sin embargo, ¿qué no ha visto el ojo del hombre? La hermosura del firmamento, las maravillas de la naturaleza, la primavera, las grandes ciudades; las grandes fiestas... El oído jamás ha percibido, y sin em-

bargo, ¿qué armonías no le han commovido? Has oído cantos admirables, voces arrebataradoras, sinfonías maravillosas, el canto de los pájaros, la elocuencia de los oradores... El corazón del hombre jamás ha concebido y, sin embargo, ¿qué no concibe el corazón del hombre? Grande y bienaventurado Apóstol: vos, que, arrebataido hasta el tercer cielo, habéis visto, oído y concebido tantas maravillas; vos que habéis visto la misma esencia de Dios, decidnos lo que habéis visto, lo que habéis oído y lo que habéis concebido. Escuchad su respuesta: Audivi arcana verba queae non licet homini loqui: He visto, oído y concebido maravillas, que no puede expresar un hombre. (II Corinth., XII, Barbier, ibid., ibid.)”

“Vean lo que dice San Juan en el Apocalipsis, y concluiré con San Agustín, que dice: ¿Qué serán las riquezas de Aquel, cuya pobreza nos hizo ricos? Todo lo bueno que existe, está en el cielo, y ninguna cosa mala penetra jamás allí. (Lib. 22, de Civit., c. 30, Barbier, ibid., p. 219.)”

**Paz.**— “El hijo de paz debe buscar la paz y hacer por conservarla: es preciso que el que conoce y quiere la unión de la caridad, se abstenga y evite las conversaciones que pueden alterarla. Nuestro Señor, estando cercano a su pasión, entre sus divinas doctrinas, nos dejó también esta: Yo os dejo la paz, yo os doy mi paz. Esta es la herencia que nos dejó Jesucristo. Nos tiene prometido el goce de toda suerte de bienes, con la condición de que conservemos la paz. Si somos, pues, herederos de Jesucristo, vivamos en la paz de Jesucristo. (S. Cipriano, lib. de Eccl. Catholica, sent. 16, Tric. T. 1, p. 299 y 300.)”

“El que no tiene la ropa nupcial, desagrada al Divino Esposo: y ¿qué traje es el que le puede agradar, sino la paz del espíritu, la pureza del corazón y la caridad del alma? (S. Ambrosio, lib. 5, in c. 5, sent. 81, Tric. T. 4, p. 329.)”

“Bienaventurados los pacíficos. Estos son aquellos que primero establecen la paz en sus corazones y después la hacen entre los hermanos que están discordes. Y a la verdad, ¿de qué les serviría sosegar las diferencias que se suscitan entre los otros, si conservasen en sus corazones las inquietudes de los vicios? (S. Jerónimo, lib. 1, in Matth., c. 5, sent. 92, Tric. T. 5, p. 255.)”

“Estableció su habitación en la paz: es preciso, pues, que el alma que no tiene en sí misma la paz, sepa que no es digna de ser habitación de Dios. (S. Jerónimo, in Psalm. 75, sent. 106, Tric. T. 5, p. 257.)”

“Ni la limosna, ni las demás obras buenas, son, en mi dictamen de tanto mérito en la presencia de Dios, como la moderación y las pérdidas, tribulaciones y disgustos. (S. Juan Crisóst., Homl. 33, c. 9, sent. 54, Tric. T. 6, p. 310.)”

“La paz de los verdaderos hijos de la Iglesia viene de Dios, y los guía a Dios. No quiere que nos mezclemos a todos los obstáculos, dejemos las delicias perniciosas, aspirando a los verdaderos contenidos: porque dice el Señor: En donde está tu tesoro, allí estará tu corazón. Es decir, si estás en estas cosas de abajo, irás abajo; si pones tu amor arriba llegarás a lo supremo. (S. León Papa, Serm. 25, c. 5, sent. 19, Tric. T. 8, p. 385.)”

“Sed afables en vuestras conversaciones; dad buena acogida a todo el mundo; huid de la altercación, de las querellas y de las discusiones; sed enemigos de pleitos y de trampas: quidad toda ocasión; aborreced el espíritu de discordia; vivid siempre en paz; no disputéis de cosa alguna por diversión; las disputas engendran disputas; de ellas nacen las discusiones; encienden las llamas del odio; apagan la paz del corazón y rompen la unión de las almas. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 19, Tric. T. 9, p. 344.)”

“Más vale que perezca uno, que la unidad: es necesario separar al que perturba la concordia. (S. Bern., Ep. 102, sent. 62, Tric. T. 10, p. 325 y 326.)”

“La paz, dice San Agustín, es serenidad del alma, tranquilidad de espíritu, sencillez de corazón, un lazo de amor y la compañera inseparable de la caridad. Impide rivalidades, contiene guerras, comprime arrebatos, desprecia a los orgullosos, ama a los humildes, apacigua a los que están en desacuerdo y reconcilia a los enemigos: es dulce para todos, no codicia el bien del prójimo, ni disputa el suyo; enseña a amar, ella que no sabe aborrecer; ignora el orgullo y no conoce la terquedad. Consérvela, pues, con cuidado el que la posee; pídala nuevamente el que ya no la tiene: búsquela el que la haya perdido: pues el que no sea hallado en su compañía, será desconocido por el Padre, desheredado por el Hijo y mirado como extranjero por el Espíritu Santo (Serm. 75, de Verbis Domini, Barbier, T. 4, p. 167.)”

“Oh paz, exclama San Efrén, escala del cielo! ¡Oh paz, senda del reino de dios! ¡Oh paz, madre de compunción! ¡Oh paz, conciliadora de la penitencia! ¡Oh paz, espejo de los pecadores, que manifiesta al hombre sus faltas! ¡Oh paz, manantial de deliciosas lágrimas! ¡Oh inseparable de la humildad! ¡Oh paz, seguridad del alma! ¡Oh paz,

yugo amable y peso ligero que fortifica el alma y sostiene al que le lleva! ¡Oh paz, alegría del alma y del corazón! ¡Oh paz, freno de los ojos, de los oídos y de la lengua! ¡Oh paz, enemiga de la desvergüenza y de la impudencia! ¡Oh paz, cárcel de las pasiones y guía de la virtud! ¡Oh paz, amante de la hospitalidad y de la pobreza voluntaria! ¡Oh paz, campo de Jesucristo que produce abundantes y deliciosos frutos! ¡Oh paz, inseparable del temor divino, muralla y fortaleza de los que desean combatir por el reino de los cielos. (De *Patientia et consummat, saeculi*, Barbier, *ibid.*, p. 168 y 169.)”

“Oigamos a San Agustín los bienes que proporciona la paz: La paz del cuerpo, es el temperamento bien ordenado de sus partes: la paz del alma irracional, el reposo bien ordenado de sus apetitos; la paz del alma racional, el concierto bien ordenado del conocimiento y de la acción; la paz del cuerpo y del alma, la vida y la salud bien ordenada del ser animado: la paz del hombre mortal y de Dios, la obediencia bien ordenada en la fe bajo la ley eterna; la paz de los hombres, es la unión en el orden; la paz doméstica, es entre los habitantes de un mismo lugar la unión del orden, del mando y de la obediencia; la paz social, es entre los ciudadanos la unión y el orden de la autoridad y de la sumisión; la paz de la ciudad celestial, es el orden perfecto, la unión suprema es el goce de Dios, en el goce mutuo de todos en Dios; la paz de todas las cosas, es el orden y la tranquilidad. (De *Civit.*, lib. 19, c. 13, Barbier, *ibid.*, p. 169.)”

“Lo que proporciona la paz, dice San León, es querer lo que Dios manda, y no querer lo que prohíbe. Porque, ¿cómo hemos de tener la paz, queriendo lo que Dios no quiere, y no queriendo lo que quiere? (Serm. 1, de *Quadrag.*, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“El hombre, dice el mismo Padre, tiene paz y verdadera libertad cuando la carne está gobernada por el alma racional, y el alma está regida por Dios y le obedece. (Barbier, *ibid.*, *ibid.*).

“Para conservar la paz con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos, hemos, 1.<sup>o</sup>, de pedirla al Señor, si no la tenemos, y obtenida, procurar no perderla, practicar lo que recomienda San Antonio; 2.<sup>o</sup>, huir de la gula, de la lujuria, de la esclavitud del siglo y de la ambición y tendréis paz; 3.<sup>o</sup>, declarar la guerra a las pasiones; 4.<sup>o</sup>, practicar la mansedumbre; 5.<sup>o</sup>, oír la voz de Dios; 6.<sup>o</sup>, obedecer la ley divina. ¿Por qué no habéis estado atentos a sus preceptos? dice el Señor por boca de Isaías. Vuestra paz hubiera sido como un río. Si hubiéseis andado por el camino de Dios, dice el Profeta Baruch, moriríais en el

seno de una paz eterna. No hay paz para el impío, dice Isaías. La paz grande, sólida y duradera, se halla solamente en el cielo. Si queremos disfrutarla un día, trabajemos constante y únicamente para la eternidad. (Barbier, T. 4, p. 170.)”

**Pecado.**— “Así como el médico procura con medicamentos atraer a la parte exterior del cuerpo ciertas enfermedades o daños interiores, aunque ocasione en esta operación al paciente más crueles dolores de los que padecía, del mismo modo Dios, cuando ve que nuestros males espirituales penetran hasta lo íntimo, saca al público la iniquidad que estaba oculta, para que nos reconozcamos y apliquemos los remedios oportunos. (Orígenes, *Comment, in Exod.*, sent. 1, Tric. T. 1, p. 247.)”

“Ya no me indignaré más contigo, ni te celaré, pues no te has enmendado cuanto te corregía, dice el Señor: ya no se explicará para contigo mi afecto celoso. Cuando Dios no explica su enojo contra el que pecha, es señal de su mayor indignación. (Orígenes, *ibid.*, sent. 2, Tric. T. 1, p. 247.)”

“Yo te constituyí, dijo Dios a un Profeta, para que arranques, disipes, edifiques y plantes; lo primero, es arrancar de nosotros las raíces del mal, porque Dios no edifica lo que es bueno en un lugar que halla ocupado con algún edificio malo. (Orígenes, *Homl. 1, in Jerem.*, sent. 4, Tric. T. 1, p. 247.)”

“Todo hombre que pecha, es hijo del demonio. Nos hacemos hijos tuyos cuantas veces pecamos; por el contrario, renace en Dios el justo cuantas veces practica las acciones de virtud; pues así como Jesucristo es engendrado continuamente de su Padre, siendo nosotros hijos tuyos adoptivos, en todas nuestras obras nos reengendramos en El, esto es, con cada pensamiento bueno y cada acción santa, renovamos la dignidad de hijos de Dios. (Orígenes, *Homl. 9, in Jerm.*, sent. 6, Tric. T. 1, p. 248.)”

“No se han de despreciar las faltas, aunque parezcan leves: porque vemos que un pajarito que cayó en la red, aunque esté preso por una uña, todo el vigor y ligereza de sus alas no le podrá sacar del peligro: de este modo, aunque el resto de su cuerpo esté libre y fuera de la red, todo el permanece preso. (S. Efrén. —*De mort. ling.*,— sent. 11, Tric. T. 3, p. 79.)”

“Es naturaleza del pecado dar poco placer y mucho dolor; agradar por poco tiempo y atormentar para siempre. (S. Efrén, —*V Cont. neg. resurrect.*,— sent. 17, Tric. T. 3, p. 80.)”

“Sabed que sólo el pecado es el verdadero mal y la causa de

nuestra perdición; y que las calamidades del mundo que afligen nuestros sentidos, son un mal aparente, porque son un mal, que tiene en sí la virtud y el efecto del verdadero bien, pues es la causa de la salud eterna de nuestras almas. (S. Basilio, sent. 17, Tric. T. 3, p. 193.)”

“En este mundo no hay propiamente mal, como no sea el pecado que hiera el alma; pues todo lo demás, como es, la pobreza, la ignorancia, las enfermedades y la muerte, ningún sabio las llamará males; porque los bienes contrarios que nos vienen por el nacimiento o por otras diversas casualidades que se ofrecen en la vida, tampoco deben considerarse como grandes bienes. (S. Ambrosio, sent. 1, Tric. T. 4, p. 312.)”

“Muchos se alegran de recibir la absolución de sus pecados, y tiene razón, si se enmiandan: peor si han de perseverar en las culpas, es locura su alegría; porque en este caso, menos mal sería ser condenados para no acumular más delitos. (S. Ambrosio, de bono mort., c. 7, sent. 17, Tric. T. 4, p. 316.)”

“Nuestro pecado, es nuestro mayor enemigo; este nos turba en el reposo, nos aflige en la salud, nos tristece en el gozo, nos inquieta en la tranquilidad, mezcla su amargura en nuestra misma dulzura, y nos despierte en el descanso del sueño. Por el pecado, nos vemos convencidos sin acusador; atormentados sin verdugo; atados sin cadenas, y vendidos sin que nadie nos haya puesto en venta. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 45, Tric. T. 4, p. 322.)”

“Por un solo pecado imploraba David la multitud de las miserias de Dios: y nosotros apenas queremos pedir una vez sola la misericordia de Dios para una grande multitud de culpa. (S. Ambrosio, Apolo., David., c. 8, sent. 52, Tric. T. 4, p. 323.)”

“Dios destruye las ciudades en castigo de los pecados de sus habitantes; si éstos, pues, cesaren de pecar, se conservarían sus ciudades. ¿De qué sirve huir de vuestra patria? Lo mejor será si queréis, huir de las culpas. (S. Ambrosio, in Joann, sent. 74, Tric. T. 4, p. 328.)”

“Ninguno es capaz de apartar a Jesucristo de vosotros, si vosotros mismos no os alejáis de él. (S. Ambrosio, lib. 5, in c. 5, sent. 80, Tric. T. 4, p. 329.)”

“Todavía no han llegado a su completo los pecados de los Amorreos. Estas palabras denotan que hay cierta medida de iniquidad, y que cuando los pecadores la han llenado, los tiene Dios por indignos de vivir. (S. Ambrosio, in Epist. ad Rom., c. 7, sent. 95, Tric. T. 4, p. 332.)”

“No os consoléis con el gran número de pecadores que se parecen a vosotros, ni digáis, no soy yo sólo el que ha cometido este pecado, muchos compañeros tengo en él: sabe que la multitud de los cómplices no dará la impunidad a los delincuentes. En aquellas cinco ciudades tan señaladas en las Escrituras, había una infinidad de habitadores, y no obstante, todos fueron abrasados en la lluvia de fuego que cayó del cielo: porque todos se habían abandonado a las infames impurezas. (S. Ambrosio, de Virg. lap., c. 9, sent. 140, Tric. T. 4, p. 342.)”

“Debemos condenar el pecado, y avergonzarnos de haberle cometido; mas no le hemos de defender: porque con la vergüenza, se disminuye; con la defensa, se agrava. (S. Ambrosio, lib. 2, c. 3, sent. 7, Tric. T. 4, p. 395.)”

“Cuando se escribe contra los vicios sin nombrar personas, todo aquel que se enoja, se acusa a sí mismo. (S. Jerón., Apol. adv. Ruf., sent. 50, Tric. T. 5, p. 247.)”

“Jamás la enormidad de vuestros delitos os precipite a desesperar del perdón, porque una misericordia grande es capaz de borrar las mayores culpas. (S. Jerón., In Isa., c. 2, sent. 84, Tric. T. 5, p. 253.)”

“El pensamiento del hombre le acusará delante de Dios. Hay muchos que no han pecado con acciones; otros hay que no han pecado con palabras; pero ninguno hay, que al menos, no haya pecado de pensamiento. (S. Jerón., in Psalm. 75, sent. 107, Tric. T. 5, p. 257.)”

“No tendréis ante vosotros Dios nuevo. Cuantos vicios y pecados tenemos, son otros tantos dioses nuevos que seguimos. Si yo miré a una mujer, y fomenté malos deseos, ya me hice un dios de la impureza. Todo cuanto deseamos y cuanto es objeto de nuestra veneración, viene a ser otro dios nuevo: el avaro se hace un dios de las riquezas. (S. Jerón., in Psalm., 80, sent. 109, Tric. T. 5, p. 258.)”

“No se propasa a los delitos mayores, el que teme los leves. (S. Paulino, Ep. ad Celantiam, sent. 17, adic., Tric. T. 5, p. 363.)”

“No sé si podremos llamar leve el pecado que se comete con desprecio de Dios y es muy prudente el que no tanto considera lo que es justo, cuanto quiera es el que lo mandó, ni atiende a la cantidad del precepto, sino a la dignidad del que manda. (S. Paulino, ibid., sent. 18, adic., Tric. ibid., ibid.)”

“Los niños temen las máscaras y no temen el fuego. Lo mismo sucede a la mayor parte de los hombres: temen la muerte, que es una máscara digna de desprecio, y no temen el pecado, que es la única

cosa que debiera temerse. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, sent. 11, Tric. T. 6, p. 302.)”

“¿Queréis saber otra razón que nos causa miedo al considerar la muerte? Pues es que no vivimos con la exactitud y piedad debida; es que no tenemos el suficiente cuidado de purificar nuestra conciencia; porque de lo contrario, no nos espantaría la muerte. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 5, sent. 12, Tric. T. 6, p. 302.)”

“No acusemos de nuestros desórdenes, ni a las artes, ni a la agricultura, ni al ejercicio de las armas, ni a otras profesiones de la vida: acusémonos a nosotros mismos. Cornelio fue capitán; San Pablo, fabricó tienda de campaña; David, era rey; y Job, un hombre muy rico. (S. Juan Crisóst., Homl. 62, sent. 66, Tric. T. 6, p. 312.)”

“Una cosa os quiero decir que os ha de sorprender. Me parece que no estamos tan obligados a vigilar con tanto cuidado contra los grandes delitos, como contra las faltas que nos parecen ligeras y de poca consideración. Sólo el horror que nos dan los grandes pecados, podrá ser suficiente para no cometerlos: pero la levedad de los otros, nos hace más negligentes en evitarlos, y el desprecio con que los miramos, nos hace como insensibles e incapaces de vencerlos. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 87, c. 27, sent. 75, Tric. T. 6, p. 313.)”

“El placer que acompaña al pecado es muy corto; el dolor que se le sigue, es continuo: la virtud, por el contrario, aunque la acompaña un trabajo de poca duración, no tiene fin el gozo que la sigue. (S. Juan Crisóst., Homl. 36, Joann., sent. 80, Tric. T. 6, p. 315.)”

“Pongamos todos los días delante de nuestros ojos los pecados que hemos cometido después del bautismo, para que esta memoria nos sirva como de freno que nos tenga continuamente en la humildad y la modestia. (S. Juan Crisóst., Homl. 31, c. 9, sent. 100, Tric. T. 6, p. 318.)”

“El placer que acompaña al vicio es pasajero: el dolor que se le sigue es eterno; por el contrario, el trabajo que pide la virtud, es muy corto, y el fruto y alegría que se casa de ella no tendrá fin. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, de Anna, sent. 115, Tric. T. 6, p. 321.)”

“Suspirad con amargura: traed a la memoria vuestros pecados; levantad al cielo el corazón, y decid: Dios mío, tened misericordia de mí, y con esto habréis cumplido con la oración. Porque diciendo: tened misericordia, ofrecéis a Dios la confesión de vuestras culpas, recibís el perdón y alcanzáis la posesión de su reino: porque cuando Dios tiene misericordia de alguno, no solamente le libra de la pena

que merece, sino que también le da la posesión de los bienes eternos. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 116, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“No hay duda que los pecados son las primeras causas de las enfermedades corporales: Jesucristo lo dio bien a entender, cuando dijo al paralítico que estaba en la piscina: Ya estás sano: cuidado con no pecar en adelante. También la nota de San Pablo cuando dice: Por esto hay tantos que caen enfermos: esto es, porque pecaban acercándose a los santos misterios con una conciencia que no estaba enteramente pura. (S. Juan Crisóstomo, in *Isaiam*, in c. 3, sent. 154, Tric. T. 6, p. 329.)”

“Todos los días están cayendo almas heridas del pecado, y ninguno las llora: mas cuando vemos sufrir en el cuerpo algún dolor, todos dicen que es cosa dura e insoportable. ¿No es preciso estar poseídos del espíritu del demonio para juzgar tan terrenalmente de las cosas? (S. Juan Crisóst., lib. 2, c. 2, sent. 173, Tric. T. 6, p. 334.)”

“El pecado tiene esta propiedad: que antes de cometerle, embriaga en cierto modo al pecador, y después de haberla cometido, le quita el gusto de que se había valido para engañarle, de suerte, que se queda el pecador sólo con su pecado, el cual le sirve de acusador, y con su conciencia que le sirve de verdugo que le despedaza, le atormenta y le opriime; pero estás sólo son penas en esta vida, porque en la otra, bien sabéis cuán grandes están preparadas para los que hayan caído en pecados. (S. Juan Crisóst., Ep. 7, ad *Olimp.*, *Dioec.*, sent. 184, Tric. T. 6, p. 336.)”

“Persuadios a que sólo hay una verdadera calamidad, que es el pecado, y todo cuanto sobresale en este mundo, es una fábula, así su grandeza como su autoridad, alabanza y honra: por último, a que no hay para ir al cielo otro camino que el de las tribulaciones, según aquellas palabras del Apóstol: Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones, para entrar en el reino de Dios. (S. Juan Crisóst., Ep. 237, ad *Con.*, *Presbyt.*, sent. 185, Tric. T. 6, p. 336.)”

“Si de alguna cosa habéis de avergonzaros, es del pecado: porque del trabajo os debéis gloriar, pues es muy propia la ocupación para quitar los malos pensamientos: es medio para tener con que socorrer a los necesitados, para no servir de carga a nuestros hermanos y para cumplir con más perfección la ley de Jesucristo, que nos dice que es mejor dar que recibir. (S. Juan Crisóstomo, sent. 206, Tric. T. 6, p. 341.)”

El que alaba el pecado, es peor que el que lo comete. (S. Juan Crisóst., *Homil.* 5, sent. 284, Tric. T. 6, p. 359.)”

“Si aquel rico, sensual y avariento que vosotros tenéis por tan feliz tuviera el cuerpo cubierto de úlceras, pensaréis que no se podría llorar dignamente su miseria: y siendo así que debéis estar persuadidos a que su alma está llena de corrupción, ¡le tenéis por muy dichoso! Me diréis que él no siente ese mal, mas yo os respondo, que por la misma razón es más miserable, pues está fuera de sí: porque el que conoce su mal, recurre al médico y está en estado de aplicar el remedio; pero el que no lo conoce, ¡cómo ha de sanar! (S. Juan Crisóst., Homl. 29, sent. 314, Tric. T. 6, p. 367.)”

“No desesperen los que todavía se hallen en el vicio, ni presuman los que viven en la piedad: procure el justo conservarse con el temor y reserva, y anímese el pecador a la vigilancia y trabajo, porque como aquel que está encenagado en la pereza y ociosidad, jamás podrá adelantar en el camino de la virtud; así el que fuera diligente y cuidadoso, tendrá grande facilidad en vencer el vicio. En David tenemos buen ejemplo de estas dos cosas. Cuando se entregó a la relajación de una vida regalada, inmediatamente cayó en el pecado, y cuando se animó con nuevo espíritu de compunción y penitencia, al instante volvió a tomar el camino de su primera virtud. (S. Juan Crisóst., Homl. 38, c. 15, sent. 319, Tric. T. 6, p. 369.)”

“Tanto es mayor un mal, cuanto parece más pequeño. Porque lo que parece de poca consideración, fácilmente se desprecia. Los males, pues, de que no hacemos caso, siempre crecen; y los males que siempre van creciendo, vienen por último a ser incurables. (S. Juan Crisóst., Homl. 14, cap. 4, ad Éphes., sent. 342, Tric. T. 6, p. 375.)”

“Todos los demás han temido a vista del terremoto: mas yo por la causa del terremoto. Otros temían que se arruinase la ciudad, mas yo, que Dios estuviese enojado con nosotros; porque no es grande mal el morir, sino el haber irritado al Señor. De este modo no temía yo por el terremoto, sino por la causa de éste. La causa del terremoto, es la ira de Dios, y la causa de la divina ira, son nuestros pecados. No temamos, vuelvo a decir, el castigo, sino el pecado, que es padre del castigo. (S. Juan Crisóst., in terremot., de Lazar., Serm. 6, sent. 15, adic., Tric. T. 6, p. 456.)”

“Entretanto que alguno vive nadie desespere de su salvación. (S. Agust., ibid., sent. 36, Tric. ibid. ibid.)”

“Evitáis los grandes pecados, más ¿cómo no teméis los leves? Os habéis descargado de un grande peso; procurad de que no os opriman muchos granos de arena. (S. Agust., Psalm. 39, sent. 54, Tric. T. 7, p. 459.)”